

DE BUENAS LETRAS

Monterroso y las moscas

JOSÉ ABAD De la Academia de Buenas Letras de Granada

El pasado 21 de diciembre se conmemoraba el centenario del nacimiento de Augusto Monterroso, nacido en Honduras, crecido en Guatemala, exiliado en México, ciudadano de las letras en lengua española, esta gran patria (o 'matria') que no conoce fronteras ni banderas a pesar de que algunos quisieran recluirla tras las bardas de lo local y vestirla toda de azul, con su camiseta y su canesú. La editorial Alianza le ha brindado el mejor homenaje posible recuperando cuatro títulos suyos en formato de bolsillo: 'Obras completas (y otros cuentos)', 'La oveja negra y demás fábulas', 'Los demás es silencio' y 'Movimiento perpetuo'; esto es, un libro de relatos, otro de fábulas, una novela (o algo así) y una miscelánea inclasificable, como miscelánea e inclasificable es la obra entera de este autor. ¿En qué saco meter a Monterroso?, pregunto. No lo sé, ¿y para qué diantres meterlo en ningún saco?, respondo. Su lugar está en la mesita de noche, al alcance del lector curioso, que no debiera dejarse engañar por el escaso empaque de estos cuatro volúmenes; sus 'Obras completas' –título con retranca donde los haya– es un librito chiquito chiquitito con poco más de un centenar de páginas, llenas a rebosar de sorpresas; entre ellas, cierto dinosaurio que sigue todavía allí cada vez que uno lo abre.

Monterroso fue un tipo humilde –yo lo imagino abrumado por el nombre de pila que sus padres le eligieron–, muy consciente del parco vuelo de cualquier propuesta literaria por muy ambiciosa que sea. No nos engañemos, vivimos en un mundo que está mirando continuamente hacia otro lado; somos pequeños, rematadamente pequeños. En este sentido, el protagonismo desempeñado por las moscas en 'Movimiento perpetuo' resulta más significativo que el del susodicho dinosaurio, una criatura a todas luces desproporcionada en el corpus monterrosiano. Nuestro autor escribió que hay solo tres grandes temas en literatura –el amor, la muerte y las moscas– y que él se sentía inclinado por el último de ellos. Para él, los dípteros serían una cuestión poco menos que ineludible: «No hay verdadero escritor que en su oportunidad no le haya dedicado un poema, una página, un párrafo, una línea –afirma–; y si eres escritor y no lo has hecho te aconsejo que sigas mi ejemplo y corras a hacerlo». Bromas hay que deben tomarse en serio: las moscas son pequeñas, rematadamente pequeñas, y gustan de dar vueltas y más vueltas en torno al punto que atrae su atención. ¿De qué hablaba Monterroso cuando hablaba de ellas? Yo una idea la tengo.